

## CAPITULO XVIII.

La laguna de Texcoco.

El bote en que vimos embarcarse á Clotilde y demas pasajeros que dejamos nombrados en nuestro capítulo anterior, se deslizaba suavemente por el estrecho canal de S. Lázaro.

Nuñez permanecía quieto en el mismo sitio en que le dejamos, mirando alejarse á los viajeros.

En el instante en que el bote se perdía de vista, se presentó á caballo otro jóven que se acercó á Nuñez.

—¿Ha partido ya el bote?

Preguntó con afán el recién llegado.

—Sí, Leopoldo; hace un momento.

—¿Y Clotilde?

—Marchaba triste como lo víctima que llevan al sacrificio.

—¡Pobre amada mia!—Exclamó Leopoldo con acento de profunda melancolía.—Desde que ese infame Duval se interpuso con su infernal amor entre nosotros, no ha disfrutado la infeliz ni un instante de tranquilidad! Los dias han sido para ella, lo mismo que para mí, una cadena de sinsabores y de lágrimas, que ha eslabonado el fatal destino. Pero emprendamos nuestro viaje á Texcoco; sigamos los pasos de esos dos hombres temibles que tratan de vencernos en la lucha que se ha emprendido; agite vd. el asunto del manuscrito para que triunfe la inocencia de mi honrado padre, y sea vd. el ángel que vele por el sér mas bello y puro de la tierra.

Y los dos amigos, arrimando las espuelas á sus caballos, tomaron el camino de Texcoco por la ancha calzada que se extiende á la derecha del canal.

—Sí; no descansaré hasta triunfar de los infames. Necesito que mi alma y mi cuer-

po se ocupen con actividad de los asuntos ajenos para disipar las penas y el sentimiento que prensan mi corazón. Vd., al menos, puede seguir á su amada.... puede verla triste, pálida, hermosa y sin consuelo, padeciendo por vd... manteniendo esa dulce esperanza que embalsama la existencia... Pero yo.... ¡yo que ignoro dónde se halla el ángel de mi ventura.... yo que la he buscado por todas partes sin resultado favorable.... yo que he perdido la esperanza de verla y abrazarla.... yo soy mil veces mas desdichado que vd! tan desdichado como nuestro fiel y desgraciado amigo Rafael.

—¡Es verdad!

—El pobre Rafael, dotado de una sensibilidad igual á la mia, pero con menos vigor que yo para soportar la desgracia, vé consumirse su vida bajo el peso de la tristeza y del pesar. Agobiado por el sentimiento y el dolor de haber visto arrebatarse de su lado á la mujer que amaba; separado de todos los placeres y diversiones del mundo, sin mas pensamiento que el de su adorada Luz, el desventurado camina á la muer-

te, como una planta privada de los fecundantes rayos del sol y del benéfico rocío.

Leopoldo, abundando en las mismas ideas que su amigo, contestó:

—Sí; es muy cierto. Rafael es uno de los hombres que mas padecen en el mundo; y por eso el infeliz, no hallando placer ninguno sobre la tierra, ha ido á buscar en el estruendo de las armas la distraccion y la muerte.

—¿Sabe vd. si ha llegado ya á S. Luis?

—Sí, se encuentra en aquella ciudad donde se está reuniendo el ejército que ha de conducir Santa-Anna para combatir al general norte-americano Taylor. Es un excelente médico, y me han asegurado que el ejército le quiere sobre manera.

—Como le quieren cuantos tienen la dicha de tratarle. Nunca he tenido tanto empeño como ahora en descubrir el paradero del objeto de su amor. ¡Cuánto diera por poderle escribir, amigo mio, ven, ven á México; al lado de tus leales amigos, porque la mujer que amas, la mujer por quien cor-

res en busca de la muerte, ha parecido... te espera ansiosa de abrazarte!

—¿Y espera vd. que llegará ese día?

—Sí, lo espero, porque tengo fé en el triunfo de la inocencia.... porque tengo fé en que vd., él y yo, veremos el término de nuestras desgracias, para penetrar en el mundo de la felicidad, de la calma, del placer, donde nos espera á cada uno, lleno de ternura y de cariño, el dulce objeto de nuestro amor.... el encanto de nuestra vida.... el alma de nuestra alma!

Y ambos, abismados en aquella conversacion de amores, la mas grata para los amantes, continuaron su camino, dejando ir á sus corceles libremente.

¡Oh, qué dulces son esos momentos de expansion, en que dos almas, heridas por un mismo sentimiento, se comunican sus penas, sus pensamientos, sus goces y sus proyectos!

Mil y mil veces se han referido tal vez la historia de sus amores; cada uno sabe todos los secretos y afectos del otro, y sin

embargo, siempre se escuchan y se oyen con gusto, con ternura, con placer, y siempre parece que es la vez primera que se cuentan y se escuchan!

Leopoldo y Nuñez caminaban gratamente engolfados en su conversacion.

Entre tanto el bote marchaba por el estrecho canal con direccion á Texcoco.

Al llegar á un punto, llamado *El Rancho*, los remeros saltaron á tierra para tomar un trago de *pulque*.

A los pocos instantes el bote siguió cortando las sucias y asquerosas aguas del canal, sobre cuya superficie flotaban las inmundicias que se arrojan de la ciudad por el repugnante sitio de S. Lázaro.

Clotilde marchaba al lado de Inés, triste y cabizbajo, sin despegar los labios, con la santa resignacion de la virtud.

La compasiva Inés le miraba con profunda compasion y ternura, y acariciaba una de las manos de la hermosa jóven entre las suyas mórvidas y redondas.

Wiley y Duval, separados un poco de

ellas, hablaban en voz baja de sus proyectos y de sus esperanzas.

Landeta se entretenia en la lectura de algunos periódicos de aquel dia.

El bote, entre tanto, corria velozmente.

A medida que avanzaba hácia la laguna, era menor la suiedad del estrecho canal que cruzaban.

Pronto tocaron al término de éste, y se descubrió á la vista la pintoresca laguna de Texcoco, rodeada por todas partes de alegres pueblecillos que la encierran como las molduras de un brillante espejo, ó como las perfumadas flores que cercan un estanque.

A la vista de este salobre lago, mil recuerdos históricos, á cual mas seductores, saltan á la imaginacion del curioso observador.

Transportándose de súbito á la historia de otros tiempos, á la sublime epopeya de la conquista, parecele ver cruzar por aquella tersa superficie, tendiendo al viento las hinchadas velas como otros tantos y blancos cisnes desplegando las alas, las trece em-

barcaciones mandadas construir por el célebre Hernan Cortés para la toma de la populosa México, hechas bajo la acertada direccion del experimentado carpintero y soldado, Martin Lopez, y conducidas desde Tlaxcala en hombros de los indios, y por caminos y desfiladeros intransitables.

Allí, á la orilla de la extensa laguna, se levanta en primer término, blanca y magestuosa, la Villa de Guadalupe, con su rico y magnífico Santuario, y las risueñas y pintorescas aldeas, tendidas sobre una alfombra de esmeralda, orlando las márgenes del lago como cándidas palomas tendidas muellemente junto á las salobres ondas que van á espirar murmurando y suavemente á sus piés.

Clotilde no pudo menos que tender la vista por la inmensa llanura de agua que le rodeaba, y quedar admirada del bello panorama que se describía ante sus ojos.

Parecía aquel un inmenso espejo donde los astros se miraban, y cuyo brillante marco lo formaban las esmaltadas praderas, cubiertas de árboles y flores, que embalsama-

ban la atmósfera, sirviendo de ricas molduras y relieves, los poéticos caseríos y la cadena de montañas que se perdían en el horizonte.

Cuando más extasiada se encontraba con templando el admirable conjunto de lo que le rodeaba, fueron á estremecerle las roncadas y destempladas voces de los remeros que gritaban con áspero acento: "¡Ave María!"

—¿Qué es eso? ¿hay algún peligro?

Preguntó Inés asustada y viendo palidecer á la jóven.

—No, señorita:—contestó el patron:—es que hemos llegado á la cruz que se levanta en la mitad de la laguna, donde los remeros tienen por costumbre bendecir el nombre de la Virgen María.

Inés y Clotilde, tranquilizadas con aquella explicacion, asomaron la cabeza por la ventana, y vieron, en efecto, en medio del lago, elevarse una cruz de madera, que sirve de señal á los pasajeros para indicar que están á la mitad de la jornada.

La vista de aquella cruz en medio de las durmientes aguas, no pudo menos que cau-

sar una grata emocion en las almas religiosas de Inés y de Clotilde.

Se encontraban en el centro de aquel lago, que enlazaba á las dos antiguas rivales, Texcoco y Tenoschtitlan, tocando con un brazo ó canal á la primera, y con otro á la segunda.

Tiernamente conmovidas por el signo de la redencion, que parecia elevarse al cielo de la blanca espuma de las ondas, dirigieron la vista hácia todos los confines de aquel escondido mar, y quedaron mudas de asombro ante el sublime panorama, que desde allí se descorria magestuoso y esplendente.

Nunca la fecunda imaginacion de los poetas ha podido presentar en las doradas páginas de sus sentidos libros, lo que la rica naturaleza ostentaba risueña en aquel punto.

Las blancas aguas de aquel redondo lago, bañadas por los llameantes rayos de un sol esplendente, remedaban una inmensa llanura de bruñido cristal, bajo cuya trasparente superficie cruzaban millares de variados peces de brillantes escamas; y los poéticos pueblecillos que al salir del estrecho

canal de México, y al penetrar en el lago, llevan, empezando por la orilla izquierda, hasta concluir la pintoresca laguna, los nombres de: La Villa, Punta del Rio, Zaqualco, Santa Clara, Tupeclaque, S. Cristóbal, Totolzingo, Tepespa, Ixtapa, Ixquipaya, Atengo, Magdalena, Topuila, Texeco, S. Bernardino, Montecillo, Chimalhuacan, S. Agustin, Magdalena, Tecamachalco, Los Reyes, Santa Marta, Peñon, Sta. Cruz y otros, que circundan el espacioso lago, encerrándolo en un círculo de risueñas casas, parecian otras tantas candidas gaviotas que descansaban tranquilas á orillas de las serenas aguas.

En medio de aquel variado cuadro que ostentaba la maravillosa ciencia de su admirable Autor, se destacaban las dos altísimas montañas, el Popocatepetl, *la montaña que humea*, y el Iztaccihuatl, *ó la mujer blanca*, ambas cubiertas de nieve, y elevándose magestuosas hasta el cielo, como dos titanes de blancas vestiduras, tocando con sus brillantes cascos el trono de Saturno.

El corazón de la sensible Clotilde se con-

movió de asombro ante aquel conjunto de maravillas que ostentaba el libro de la creación.

Aquel era el poema de la fecunda y pródiga naturaleza, patentizando en sus brillantes páginas de rima celestial, escritas por la divina mano del Infinito, la sublime grandeza, el intenso amor, el poder sin límites y la perfecta sabiduría del Hacedor Supremo: un himno de dulcísima armonía que las ondas, las aves, el céfiro, las sonantes ramas y las flores, elevaban en admirable y cadencioso coro al Divino Artífice de la creación.

Los remeros, divididos en dos grupos de á cuatro hombres en cada uno de los costados, en mangas de camisa, arremangado el pantalón blanco hasta mas arriba de la rodilla, y dejando correr por sus cetrinos rostros el copioso sudor, introducian el largo remo hasta tocar en el fondo, y oprimiendo el otro extremo con el pecho, hacian caminar con tal rapidez el bote, como si fuera impelido por el viento.

En aquel momento venia haciendo es-

fuerzos por pasarle una de las canoas tragineras que recorren la línea de Texcoco.

Un hombre colocado de pié encima del techo de la canoa y guardando perfectamente el valance de ella, agitaba las manos gritando á grandes voces á los remeros que se empeñasen en pasar al bote.

Entonces empezó la competencia entre los remeros del bote y los de la expresada canoa.

Los de ésta en pasar al primero, y los de aquel en dejarla atras.

Cada cual procuraba quedar triunfante en aquella especie de regata.

Los indios remeros, colocándose uno tras de otro, y apoyando el pecho en el mango del remo, metian el otro extremo, lo afirmaban en el poco fondo de la laguna, empujaban las barcas bajando desde la punta de la proa hasta su remate uno detras de otro, volviendo á subir levantando el remo en alto con ambas manos para volver á continuar lo mismo sin estorbar á los compañeros que bajaban cuando ellos se dirijian de nuevo á la punta de la proa.

Inés y Clotilde, mirando que podian hallar una distraccion agradable y nueva en aquella inofensiva competencia, entre los indios remeros de la canoa y los que conducian el bote, se colocaron perfectamente para ver quién se llevaba el triunfo de la regata.

Los indios de una y otra embarcacion, procurando alcanzar la gloria, remaban con fuerza y sin descanso, manifestando una infatigable naturaleza.

—¡Avancen, muchachos, avancen!—Gritaba el hombre que iba de pié sobre la cubierta de la canoa traginera:—¡no hay que dejarse vencer; el caballo corre mas que la sota! ¡Adelante!

Y los remeros, estimulados por aquellas palabras, se afanaban por pasar al bote.

Pronto se puso la canoa al costado de éste.

El hombre entonces volvió á dar nuevos gritos animando á los remeros.

Inés y Clotilde, al verle tan cerca, alzaron los ojos para fijarlos en él, y ambas quedaron asombradas.

—¡Es D. Diego! ¡el esposo de Elisa!  
Dijo Inés.

—En efecto.—Contestó Clotilde.—Pero vd. me aseguró que estaba ya aliviado, y según sus gestos y actitud, no creo yo que se halle en muy cabal juicio.

—Esa misma opinión he formado al verle y oírle. Sin embargo, me habían asegurado que había casi recobrado su razón, y que los aires del pueblo adonde le había llevado un amigo, como te tengo dicho, le han probado perfectamente.

—Pues no dá muestras de estar muy cuerdo; y si no, vea vd. qué gestos hace y qué gritos dá.

Y en efecto, Diego, sonriendo como un insensato, con la mirada vaga, y moviendo sin cesar los brazos, gritaba de nuevo á los remeros con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Adelante, muchachos; que el caballo corre mas que la sota!

Y los remeros de la canoa, se afanaban por pasar al bote, que á su vez procuraba dejar atrás á la primera.

Pocos minutos despues, la canoa trágicamente enarbolaba una bandera encarnada.

Era la señal de triunfo; de que había dejado atrás á su competidor.

Diego, colocando un pañuelo en la punta del baston, y agitándolo en el aire, seguía gritando.

—¡El caballo corre mas que la sota! ¡Ganó el caballo, ganó el caballo!

Y saltaba y bailaba de alegría.

De repente, como si le asaltase una terrible idea, dejó aquellos movimientos, y se quedó con los brazos cruzados, fija la vista en el agua, y demudado el semblante.

Al extraordinario placer que poco antes había manifestado, sucedió el abatimiento mas profundo.

A la animación efectuada en su sér á la vista de la competencia del bote y la canoa, le siguió un desaliento y tristeza terribles.

¿Por qué?

Preciso es decirlo.

Diego, aunque como le habían asegurado á Inés, había logrado algun alivio en su lo-



cura, estaba muy distante aún de disfrutar de cabal juicio.

Habia desaparecido, sí, aquella idea constante al juego; pero cualquier competencia que advirtiese entre distintos individuos sobre el asunto mas extraño, le presentaba á su fantasía el juego; la disputa de una carta contra otra.

Por eso, al ver la competencia de los remeros, se figuró que la canoa en que marchaba era el caballo, y manifestó la alegría insensata de que le hemos visto poseido; pero luego que aquella idea pasó, volvió á cobrar la razon, como le sucedia siempre despues de un terrible acceso, y quedó triste y abatido con la consideracion del miserable estado á que se veía sujeto con demasiada frecuencia.

—¡Pobre hombre!—Exclamó Clotilde;—pero mas pobre la desgraciada Elisa, que habrá quedado sola y afligida, cuidando de sus dos tiernas hijas.

E Inés y Clotilde continuaron hablando de la triste suerte de la desgraciada Elisa, mientras los remeros, perdida la esperanza

de alcanzar á los que les habian pasado, remaban con menos brío y anhelo.

Landeta, el doctor y Duval, que habian ido entretenidos hasta entonces en una conversacion de política, salieron á popa para gozar de la agradable brisa que en aquel momento rizaba la plateada laguna.

La perspectiva que se describía á la vista, era, á medida que avanzaban, mas hermosa cada vez y mas interesante.

Nuevos pueblitos semi-ocultos entre el espeso ramaje de los árboles, como otros tantos nidos de palomas, bordaban los límites del lago, cuyas aguas han disminuido considerablemente desde la conquista por la rapidez de la evaporacion en estas elevadas regiones; pero sin que por esto haya disminuido en belleza el hermoso paisaje que entonces presentaba.

De repente se presentó á la vista de los viajeros el grandioso bosque de S. Salvador Atenco, que sobrenadando á la ruina y destruccion de otros mil que embellecian el exuberante suelo de los aztecas, ostenta

sus corpulentos y antidiluvianos árboles, como las páginas vivientes de las vicisitudes que han trabajado los imperios.

A un lado, y levantándose esbelta entre una alfombra de verdura y matizadas flores, se descubre á la antigua y populosa ciudad de Texcoco, que significa *lugar del descanso*, risueña y tranquila como la Cérés de la fábula, con sus blancas torres y sus pintadas casas, cercada por todas partes de verdes praderas y fértiles haciendas, como una vírgen de Rafael ó de Murillo, encerrada entre las brillantes esmeraldas de un relicario.

Aquella era la antigua Atenas del Anáhuac, la universidad del Nuevo-Mundo; la suntuosa córte de Nezahualcoyotl, uno de los príncipes mas grandes del continente Americano; poeta y legislador, que al recobrar el trono usurpado por el rey de los tepanecas, y decirle sus favoritos que se vengase de los que se habian unido al usurpador, contestó: *"que el monarca podia castigar; pero que la venganza era indigna de él."*

Aquella era la ciudad privilegiada de las ciencias en el Nuevo-Mundo, donde la música, la poesía, las artes, la astronomía, la historia y la cronología se cultivaban con admirable aprovechamiento, bajo el feliz reinado de Nezahualcoyotl, que, semejante al Apolo de la mitología, y favorecido por la naturaleza con extraordinarias y brillantes dotes, descollaba en las ciencias sobre todos, y muy singularmente, en la música y la poesía.

El bote entró por fin en el estrecho canal de la ciudad que tantos recuerdos antiguos y gratos evocaba.

Pronto llegó al sitio del desembarque, que dista como media legua de la poblacion.

Un coche, arrimado á un costado de una casita que se alzaba enfrente al canal, les esperaba para conducirles á Texcoco.

Detras de la casa, y al abrigo de la vista de los que desembarcaban, estaban dos briosos caballos, con plateadas sillas, perfectamente enjaezados, amarrados á una argolla.

Detras de la vidriera de una ventanita, que miraba al canal, velada por una cortina

encarnada, estaba un hombre, pendiente de las personas que saltaban á tierra.

Era un jóven de arrogante presencia.

Junto á él, pero mas retirado, estaba otro jóven de varoniles y elegantes formas.

Los primeros en desembarcar fueron Duval y Willey.

El jóven que observaba, retiró la cabeza de la cortina para no dar lugar ni á que descubriesen el bulto; pero sin dejar por esto de mirar con el mismo interés que al principio.

Tras de ellos saltó Landeta, y poco despues Inés y la hermosa Clotilde.

El jóven que observaba, se estremeció al fijar sus lánguidos ojos, velados por la tristeza, en la dulce fisonomía de la pobre ex pósito.

Landeta se aproximó á ofrecerle el brazo para que se apoyase en él; pero Clotilde suplicó la dejasen un instante con Inés para arreglarse el calzado, y D. Emilio se alejó algunos pasos, marchándose á reunir con Duval y el doctor, que se habian adelantado un poco.

Por una de aquellas casualidades que acontecen en la vida, la hermosa jóven, en vez de dirigirse á otro sitio, se aproximó á la ventana, detras de la cual se hallaba el hombre que la miraba de hito en hito sin apartar los ojos ni un solo instante de ella.

Clotilde estaba bella y seductora, como el blanco lirio bañado por la suave y nacarada luz de la naciente aurora.

Sobre su ovalado y apacible rostro, velado por esa dulce melancolía de mística suavidad que comunica al rostro virginal de la mujer ese espiritualismo que hechiza, que conmueve y cautiva, resbalaba levemente el desleido carmin que la agitacion y los rayos reverberantes del sol habian comunicado á las virgíneas mejillas de la hermosa.

Leopoldo palideció y contuvo los fuertes latidos del corazon que saltaba dentro de su pecho, al ver acercarse al ángel de sus amores, bello y vaporoso como la mirífica creacion de un amoroso ensueño.

Una emocion profunda embargó su alma, y con dificultad pudo mantenerse en pié.

El temor estaba retratado en su semblante.

Sin embargo, su mano, impelida por una fuerza de voluntad suprema, abrió con precaucion y sin hacer el mas leve ruido, parte de la hoja de la ventana, y dejó caer á los piés de la jóven un pañuelo azul celeste y caña, sin que lo advirtiese la hermosa Inés, que estaba vuelta hácia el canal, en tanto que Clotilde se componia el calzado.

La seductora jóven alzó asombrada la vista, y en sus sonrósneas mejillas esprimió el pudor el virginal carmin de la inocencia al encontrarse sus ojos con los tiernos, dulces y amorosos de su inolvidable Leopoldo.

Clotilde iba á exhalar un grito de placer; pero Leopoldo llevó á los lábios el dedo índice en señal de silencio, y la hermosa lo ahogó dentro de su pecho para no llamar la atencion de los que á pocos pasos de ella estaban esperándola.

Entonces, inundada de placer, recogió el pañuelo que ya otra vez habia servido de intérprete á los sentimientos de su amante; sacó del bolsillo uno tornasolado, que tam-

bien ha figurado en uno de los capítulos de nuestra historia; lo arrojó dentro de la pieza; envió á Leopoldo en una mirada toda la pasion, toda la ternura, todo el sentimiento de su alma, y se aproximó á la comitiva, inundada de celestial consuelo, sin que nadie hubiese advertido aquella escena, que fué rápida como una exhalacion.

Los dos amantes que pocos momentos antes se encontraban agobiados por la melancolía y el dolor, entonces se juzgaban los mas felices de la tierra.

¡Con cuán poco, al parecer, se contenta el alma de los enamerados! Pero ¡con cuán poco tambien se alarma, se entristece, llora y pierde la tranquilidad!

La menor atencion, la mas ligera muestra de ternura se recibe como el mayor bien de la tierra, como el tesoro de mas valía que encierra el mundo; así como el mas ligero descuido, la mas involuntaria distraccion ó desfavor, se tiene por el mas cruel de los tormentos que pueden sobrevenir á la criatura humana.

Clotilde no habia recibido mas que un

pañuelo; y su corazón se inundó de placer como si hubiera tocado la suprema felicidad reservada á los ángeles.

En Leopoldo se había operado la misma mutación. ¿Qué valor, pues, encerraba aquel ligero presente que mutuamente se acababan de hacer? Material, ninguno; espiritual, sin límites.

Cada uno de aquellos pañuelos contenía en la combinación de sus colores, un poema de sentimientos amorosos de rima celestial, que vertía en el alma los goces inefables de la gloria.

La reunión del azul y caña que matizaba la prenda arrojada por el artista Leopoldo, indicaba este concepto tierno y apasionado que revelaba la intensidad del amor mas vehemente: "*Acordaos de mí; no me olvidéis.*"

Súplica dulce para quien la escuchaba, y que á su vez contestó con este consolador concepto que envolvía el color tornasolado: "*Os amaré aun en el sepulcro.*"

¿Qué mas pueden anhelar los amantes

que el convencimiento de la fidelidad del objeto amado?

Clotilde subió al coche con menos dificultad que la que hasta entonces había tenido por el estado débil de su delicada salud.

Todos notaron este feliz y repentino cambio, y lo atribuyeron á la influencia benéfica que empezaba á operar en ella el cambio de temperatura.

El carruaje, al estar dentro las otras personas que le acompañaban, partió velozmente con dirección á Texcoco.

En el mismo instante dos arrogantes jóvenes montaban en los caballos que estaban amarrados detras de la casa.

Eran Leopoldo y Nuñez que, satisfechos de la escena que acababa de tener lugar, se disponían á seguir al carruaje para conocer la casa en que se había propuesto vivir la familia de Landeta.